

Mujer de palabras frente al espejo

por Iliana Godoy

¿Es posible un canto a la decrepitud? Pregunta que me asalta al leer esta plaquette de Becky Rubinstein que en su serie de poemas apretados y breves nos entrega una belleza extraña, carne que al petrificarse nos muestra la unidad mutante de los reinos.

Fusión de caducidades que transcurren en continentes secretos de redomas y calderos, espacios frecuentados por mujeres de palabras, que así definía nuestra identidad poética la ejemplar Rosario Castellanos.

En este nuevo poemario se impone la necesidad escueta de nombrar en vez de recurrir a la mitología, manejada por Becky de manera tan personal en sus anteriores libros; ahora nos parece que las hadas y las brujas han sido sorprendidas a medio maquillaje, a merced del momento fugaz en que las mujeres somos mitad nosotras y mitad las otras, rostro escindido frente al espejo, testigo único de la monstruosidad de cada día. Digo monstruosidad también en el sentido original de *monstrum* : mostrar, palabra que los latinos entendían como insólita presencia o aviso de los dioses.

Estar a medio maquillaje es un drama distinto a ser desenmascarada, es un congelamiento de lo grotesco donde el rostro se muestra doblemente ultrajado: de un lado la vejez y la imperfección que no se asumen; del lado opuesto la denuncia del engaño en la máscara a medio fabricar; ni el heroísmo de la desnudez, ni el primor del artificio: el maquillaje a medias es el acto fallido por excelencia.

Ni qué decir de la presión que sufrimos las mujeres de más de cuarenta años para seguir vigentes en la feria de vanidades, donde la máxima parece ser: *seduzco, luego existo*, y desgraciadamente, salvo honrosas excepciones, la seducción intelectual pasa a un segundo plano cuando compite con tersuras aromas y firmezas de veinte años.

Así lo denuncia Becky en su verso de *nubes ulceradas por la ventisca* con un tono que alcanza por instantes la cualidad esperpéntica con la que Valle Inclán apostrofa cierta fase caduca de nuestra hispanidad, donde lo grotesco se recrea en lo absurdo hasta volverse lacerante.

A propósito de hispanidad, quiero compartir con ustedes una anécdota reveladora que viví con Becky en nuestro viaje a España. Allí tuvimos en 1993 el Primer Encuentro de Escritoras Mexicanas y leímos en el Ateneo de Madrid, en el Instituto de México de la Embajada y en la Asociación Colegial de Escritores de España. Pues resulta que en ese Madrid en donde nadie duerme, después de varias noches de tertulia y vinos interminables, las escritoras mexicanas teníamos ya los nervios de banderilla en punta y una sensibilidad doliente de saetas a flor de piel; tal vez por eso fue que de pronto, al voltear hacia Becky la vi transfigurarse en una increíble síntesis de opuestos:

Sobre una capa negra de pesantez suntuosa estilo Goya, flotaba su rostro rubicundo de mirada azul circundado por un halo de suavidad lunar de cuyo esplendor nos hablan las infantas de Velázquez.

Es cierto lo que dijo el actor José María Cañete, quien leyó nuestros poemas en el tradicional café de La Manuela: Sólo en Madrid el paroxismo de lo discordante alcanza una armonía.

Yo no sabía que la revelación de esa instantánea imagen se iba a volver palabra. Hoy veo en esta *Arlequina a medio maquillaje* la concreción de aquel raptó visual de lo esperpéntico que asoma tras los versos de Becky, en esas *carcajadas enmohecidas*, que bajo la falda chirrían y pugnan por estallar. Esta Arlequina desastrada y estéril que nos presenta la autora es también la matrona poseída por el duende flamenco que revive sus huesos en el furor del cante. Imaginamos que bastaría anestesiar al Superego para que esta Arlequina acudiera al llamado dionisiaco.

Debo confesar que nunca había escuchado a una poeta proyectarse en el temido *rostro gris de las viejas que amanecen solas*. Hay un valor desmitificador en estas imágenes que siempre se retocan por comodidad; la visión descarnada de Becky nos entrega estas derrotas como verdaderamente son, y lo consigue no al desenmascararlas, sino al sorprenderlas en su insoportable realidad a medio maquillaje. Veamos su poema:

*Luna lacrimosa
matrona entregada a tejer
duelos de menopausia.*

*Laberinto oscuro de tu rostro
gris
el de las viejas
que amanecen solas.*

Aquí la mujer que teje ya no es la araña que hipnotiza a su presa, ni la Penélope memoriosa; es la autista que amplía su laberinto para mejor perderse.

Esta óptica propicia al cataclismo genera imágenes límite, devastadoras en su precisión:

*Llueve
revienta el ojo del mundo
perturbado por la locura.*

Hay en esta poesía una plena conciencia del desastre y un doloroso cercenar los brotes en un intento radical por sofocar la esperanza, y así dice:

*...clamas frente a la ruina del espejo
sepulcro de aves carcomidas
por miedos distantes*

*Nunca más farolas atadas a la memoria
ni flamas en el pleamar de unos ojos*

Pienso que en este pequeño libro la autora toca fondo, y sin resistirse a la caída, con su desplome hace emerger la realidad auténtica de poemas como este:

*El sol cayó del tejado
nubes ulceradas por la ventisca*

*Batuta de Vivaldi
regidora de pinos fantasmales*

*Y
yo sin ti
remedo mi avatar plumizo
martelinado por el peso de mi desplome*

Los poemas que surgen de este proceso creativo son radicalmente personales, con una atmósfera perceptiva propia y, paradójicamente, están contruidos con sintaxis y palabras de todos los días, de ahí su intensidad y su eficacia comunicativa.

*No he de pasar la noche
sin el arsenal de tu fuego renovado
Enciéndeme intacta...*

Confesión depurada del deseo que confunde las fronteras de realidad e imaginación; vigilia y sueño. Pebetero siempre ardiente del erotismo que no apagan por decreto ni la edad ni la moral, combustión que, en palabras de Becky, *devora nuestras historias*.

En *Arlequina a medio maquillaje* el lenguaje brota de la necesidad, se carga de sentido y nos impacta con una sobriedad definitiva; aquí el mensaje alcanza su real depuración, inscrito en el nivel profundo de la experiencia. Estamos ante el encuentro misterioso del poeta con sus palabras, las cuales, sin retórica, se abren paso en el verso seguras de que el dominio del oficio será suficiente para ubicarlas en su lugar. De este salto mortal sólo salen bien librados los poetas que llevan el impulso suficiente y no dudan a la hora de la verdad. Su experiencia acumulada en el desempeño de la literatura y su necesidad auténtica de comunicación han llevado a la autora a consumir con éxito este salto sin red.

Carlos Castaneda, autor de *Las enseñanzas de Don Juan* y de una mágica visión del mundo, a través de su obra nos dice que es necesario llegar al *sitio donde no hay compasión* si queremos limpiar nuestra historia personal contaminada por el miedo, los convencionalismos y las buenas costumbres. Creo que esta poesía de Becky Rubinstein camina cerca de ese cráter volcánico, donde la piedra recupera su fluidez en un tránsito de fuego.

Iliana Godoy
Casa Lamm, México, 1996.

Rubinstein, Becky

Arlequina a medio maquillaje.
Ed. Mixcóatl, México, 1996